

SIN FRONTERAS

Mi nombre es Lucía, nací hace ochenta y dos años en una pequeña localidad del municipio de Murcia. Desde pequeña siempre quise ser maestra, pero una cosa es lo que tú quieres y otra muy distinta, lo que debes hacer. En aquella zona de huerta, cercana a la capital, cualquier aporte laboral por pequeño que fuera, era necesario. Yo fui la segunda hija nacida, tras varios abortos de mi madre. Y como tal, fui también la heredera universal de los vestidos de mi hermana mayor, que con mimo cuidaba para mi hermana pequeña, en otro acto de amor generacional.

Solo pude asistir durante un año al colegio que entonces pertenecía a la iglesia. En ese año comencé a degustar los placeres de la lectura, y también a escribir mis primeras palabras. Pero esos deleites estaban casi prohibidos para las mujeres, y pronto mis padres necesitaron de mi ayuda en las labores del campo, ya que mi hermana pequeña enfermó, necesitando todo el cuidado de mi madre. Más tarde falleció y mi madre nunca se recuperó de la pérdida, aislándose en su mundo enajenado y lleno de dolor.

Unos años más tarde conocí a mi futuro marido, él apareció por el pueblo una tarde de finales de invierno, cuando la flor del almendro lucía de un intenso blanco con tonalidades rosadas, y me casé con él a la terminación de la cosecha.

Pronto vinieron los hijos, dos varones sanos y fuertes que demandaron toda mi atención. Olvidados quedaron mis sueños, y simplemente me dediqué a ser y a hacer, lo que todos esperaban de mí. Y lo hice tan bien, que ahora en la senectud, tengo una familia maravillosa, cinco nietos que me adoran, y un biznieto que en esta primavera abrirá sus ojitos al mundo por primera vez.

Esta no es una historia de resignación, ni mucho menos de fracaso. Es la historia de una vida plena, en la que decidí amar mi camino, en lugar de añorar mi sueño. Los contratiempos existen, y hay circunstancias que no se pueden cambiar, a veces los caminos son unidireccionales, no hay bifurcaciones, solo nos queda seguir el camino marcado por estereotipos arcaicos.

Mi nombre es Bouba, nací en Somalia hace 28 años. Un día siendo yo muy pequeña, unos cuatro o cinco años, no recuerdo bien, al entrar en casa me esperaban mi madre y mi abuela en la pequeña habitación del fondo. Me quitaron la ropa interior, me abrieron las piernas y con una pequeña cuchilla de afeitar se llevaron una parte de mí, que me marcaría para el resto de mi vida. Creyeron que eso me haría pura, pero como puedo serlo en un país en el que te violan o te venden como si solo fueras un trozo de carne sin sentimientos. Mi salud a partir de ese día se fue resintiendo, pero aprendí a vivir con el dolor. No tenía más de trece años cuando mis padres me vendieron a mi futuro marido por un poco de dinero. A partir de ahí, las violaciones y los malos tratos fueron una constante en mi vida. Tuve varios abortos, en todos los embarazos rezaba

en la noche oscura, pidiendo que fuesen varones para que no tuviesen que pasar por la tortura que yo estaba sufriendo. Al final un embarazo llegó a término. Una preciosa niña de grandes ojos rasgados, nació en medio de mi desconcierto y mi amor incondicional.

Una mañana mientras hacía mi recorrido periódico para traer agua, un grupo armado asaltó mi casa, robó nuestras pocas pertenencias y mató a mi marido. Vagué durante varios días con mi niña a cuestas, sin saber a dónde ir, cansada, desnutrida y casi a punto de desfallecer llegué a una casa de acogida, dirigida por una ONG. La dignidad como persona y como mujer llegó a mi vida en ese momento. Aprendí a leer y a escribir, y ante mí se abrió un mundo donde el sol brillaba resplandeciente, mientras se alejan las nubes negras.

Actualmente me dedico a enseñar a las mujeres cuál es su valor, y lucho cada día de forma activa por la dignidad y la visibilidad de las mujeres, en un país hostil, en medio de guerras, violaciones y miseria. A veces pienso que es una batalla perdida, que esto nunca cambiará. Veo tantas injusticias a mi alrededor, tanto dolor, que pienso que cualquier esfuerzo es inútil. Luego veo la sonrisa de mi niña, y de las demás pequeñas y aflora desde dentro de mí una fuerza inmensa, que sé que me ayudará a seguir hasta el último aliento de mi vida.

No son batallas perdidas, aquellas que no ganamos. A veces, son solo una semilla que con el tiempo germinará.

Me llamo Elena y nací un caluroso agosto de hace veinticuatro años. Tengo unos padres maravillosos que se desviven por mí y por mi hermano. De pequeña me encantaba comer, en las reuniones familiares era el centro de atención, comía a dos carrillos y eso a mis abuelos les hacía mucha gracia. Las mujeres mayores paraban a mi madre para decirle lo bonita que estaba y con esas piernecitas tan rechonchas que tenía, decían que estaba para comerme. Desde pequeña disfrutaba con la comida y mi sueño era ser una chef famosa. La verdad es que siempre he sido una niña con sobrepeso, pero eso a mí nunca me importó porque mis padres me enseñaron la verdadera esencia del amor y que lo importante es lo que eres, lo que llevas dentro, y que lo de afuera es solo el envoltorio de todo eso.

Nunca me importó mi peso, pero con el paso de la escuela al instituto todo comenzó a cambiar. Allí todo era distinto, las chicas vestían apretados vaqueros y cortos top que realzaban una figura que yo nunca tendría. Me costó asumir que yo no podría vestir de esa manera, pero lo acepté. Fue en el segundo trimestre cuando un grupo de chicos comenzaron a meterse con mi peso. Enseguida empezaron los insultos, y los descalificativos, la foca, la morsa, la vaca...era lo más suave que escuchaba de ellos. Me decían que personas como yo no merecían vivir, que afeábamos el mundo, que éramos un insulto a la proporción y la belleza.

Sin darme cuenta fui perdiendo mi alegría y mi ilusión por seguir yendo al instituto, que era la antesala de mis sueños futuros como chef. Me convertí en una persona huraña y triste, y sin darme cuenta me fui construyendo una burbuja en la que solo cabíamos yo y mis frustraciones.

De ahí solo hubo un paso hacia los trastornos alimenticios. Comencé a dejar de comer, luché contra mi estómago convenciéndolo de que solo así sería aceptada por los demás, que el esfuerzo merecería la pena y que cuando consiguiera la figura perfecta, sería feliz. En momentos de ansiedad el hambre me ganaba la partida, y comía de forma desmesurada ingentes cantidades de comida. Después el sentimiento de culpa y de frustración me hacían desprenderme de toda esa comida, entre convulsiones y arcadas.

El infierno vivía dentro de mí, y hubo algún intento de acabar con toda esa locura alguna vez, aunque nunca me atreví a llevarlo a término.

Después de muchas sesiones con psiquiatras y psicólogos, entendí que soy valiosa, que soy importante, que tengo mucho que dar, que la vida es maravillosa tengas el físico que tengas, que lo importante siempre está dentro, y que solo las personas que te juzgan por tu físico o por lo que tienes, son personas vacías, dignas de compasión. Aprendí que yo soy el universo, que dentro de mí está todo, que me quiero y me acepto tal y como soy, y que mi felicidad no está en proporción con mi peso.

He vuelto a recuperar algún kilo, aunque no tanto como antes, pero eso realmente me da igual. Ésta soy yo, ésta es mi esencia, con mis luces y mis sombras, pero auténtica. Me amo y amo la vida.

Lucía, Bouba o Elena, son solo nombres al azar con historias que se repiten anónimamente todos los días. Personas que luchan por salir adelante, en medio de la adversidad. Historias de superación que de una forma u otra luchan por romper barreras o estereotipos.

Mujeres que, dentro de su pequeño mundo, han demostrado que el cambio es posible. Que a veces solo hace falta una pequeña demostración, para entender que la grandeza de los actos no tiene nada que ver con el tamaño de los mismos.

Mujeres que no se victimizan y siguen su lucha silenciosa, para abrirse caminos, antes vetados para nosotras.

Nuestra reivindicación no es más que la necesidad de mirar a los ojos al otro desde el mismo ángulo, ni más arriba, ni más abajo. Que entendamos que somos seres complementarios, que sin los unos, no existirían los otros. Que la grandeza de la humanidad reside en su diversidad, que no importa nuestra orientación sexual, ni nuestra raza, ni nuestro físico, todos somos personas valiosas solo por el hecho de existir. Pedimos un mundo en que nuestras diferencias sean solo una señal de identidad, sin marcar fronteras.